

JÉRÔME LEJEUNE: La ciencia al servicio de la vida

José Hernández Yago

Sociedad Valenciana de Bioética

Los medios de comunicación se hacían eco hace escasas semanas de la noticia del fallecimiento del científico francés Jérôme Lejeune, un auténtico gigante en el campo de la Genética que pasa a la historia como el descubridor de la primera enfermedad cromosómica humana: la trisomía 21, síndrome de Down o, más comunmente, "mongolismo".

Tuvt ocasión de conocerle personalmente en la visita que realizó a Valencia en Marzo del pasado año para participar en una Mesa Redonda sobre Cuestiones Actuales de Bioética que se celebró en el Palau de la Música, de la cual fui privilegiado moderador. Al conocer la noticia de su muerte, consideré de interés -incluso de justicia- escribir unas líneas sobre la riquísima personalidad de este científico, en reconocimiento a su noble gesto para con nuestra ciudad y, también, movido por mi estima hacia una personalidad científica que arranca desde mis primeros años en el Instituto de Investigaciones Citológicas junto al profesor Gerónimo Forteza, gran admirador suyo por sus brillantes trabajos en el ámbito de la Citogenética. Mi interés por la figura de Lejeune fue progresivamente en aumento al descubrir en este científico a una persona que era conocida en todo el mundo no sólo por sus relevantes contribuciones científicas sino también por su compromiso sin reservas en defensa de la vida.

Doctor en Medicina y en Ciencias, Lejeune era Profesor de Genética Fundamental de

la Universidad de París V, Jefe del Servicio de Genética del Hospital Necker-Enfants Malades y Director del Institute de Progenèse. Miembro del Instituto de Francia, de la Academia Francesa de Ciencias Morales y Políticas, de la Academia Nacional de Medicina, era también miembro de diversas Academias extranjeras como la de Ciencias de Suecia, la de Humanidades y Ciencias (Boston), la Real Sociedad de Medicina de Londres, la Academia Pontificia de las Ciencias y estaba en posesión de importantes premios internacionales.

A pesar de todos estos reconocimientos y honores hay que decir, sin embargo, que también tuvo que sufrir incomprendimientos y aislamientos derivados de su firme postura en defensa de la vida. Como dice de él el demógrafo Pierre Chaunu -también miembro del Instituto de Francia- en un artículo publicado en *Le Figaro* del pasado 4 de Abril, "más impresionantes y más honrosos aún que los títulos que recibió, son aquellos de los que fue privado en castigo a su rechazo de los horrores contemporáneos". Lejeune "no podía soportar la matanza de los inocentes -recuerda Chaunu-; el aborto le causaba horror". Y en la entrevista con Lejeune que publicaba *LAS PROVINCIAS* del 25-3-93, con ocasión de su paso por Valencia, al ser preguntado cómo un científico de su valía no había conseguido el premio Nobel, respondió sonriendo: "no es culpa mía". Y en esa misma entrevista, al decirle que hay quienes alegan que no hay vida durante los primeros días de la gestación, responde: "Eso no es cierto, y no se ha discutido nunca: existe vida desde el mismo momento de la fecundación y concepción del óvulo. Lo que se discute es cuándo hay que empezar a respetar al ser humano muy joven.

Para unos hay que empezar a respetarlo cuando es capaz de decir "soy un ser humano", y para eso hace falta haber cumplido siete años. Otros dicen que cuando es capaz de respirar, por lo tanto tiene que haber nacido y tener unos nueve meses y hay unos terceros que hablan de que hay que respetar al ser humano cuando empieza a moverse dentro del vientre de su madre, a los cuatro meses. Pero los que estudian estos temas, los genetistas, saben que desde el mismo momento de la concepción hay vida... y un ser humano al que se debe respetar desde ese mismo momento".

En una carta enviada al Arzobispo de París, con motivo de la muerte de Lejeune, Juan Pablo II señala que el científico francés "supo siempre hacer uso de su profundo conocimiento de la vida y de sus secretos en favor del verdadero bien del hombre y de la

humanidad". Y el luterano Pierre Chaunu -en el artículo de *Le Figaro* al que he aludido antes- resume su vida diciendo que "la repartió entre la investigación fundamental, sus niños enfermos y el esfuerzo paciente para convencer... Fue un sabio inmenso, más aún: un médico, un médico cristiano y un santo".

Estaba casado, tenía cinco hijos y murió en París de un cáncer de pulmón que se había manifestado hacía cuatro meses. Ya ingresado en el hospital continuó trabajando hasta el final dando los últimos toques a un estudio que preparaba desde hacía tiempo. Recuerdo con qué énfasis hablaba aquí en Valencia, en marzo del año pasado, de la ilusión con que seguía una serie de trabajos en marcha que podían abrir a medio plazo serias expectativas para un tratamiento que permitiera mejorar sustancialmente el coeficiente intelectual de personas con síndrome de Down...

